BIBLIOTECA NACIONAL SECCIÓN CONTROL

La unión aduanera con Bolivia

Por

ALBERTO EDV. ARDS

Comienza a hablarse en Chile de una idea que a muchos parece nueva y a no pocos atrevida. No falta tampoco quien no la comprenda.

Esa idea es la de la "Unión Aduanera" con Bolivia, tras de la cual los espíritus elevados y previsores, divisan, el principio de una estrecha vinculación política, y hasta el gérmen de una nueva era para las repúblicas de la América del Sur.

Nuestro siglo es el siglo de los fuertes: la creciente aspereza de las luchas comerciales, el gigantesco y costoso desarrollo del arte que defiende a los pueblos, y hasta la victoria de la gran industria, exigen organismos nacionales poderosos. En Europa los estados pequeños han debido, por lo regular, ser neutralizados, como se dice en el lenguaje diplomático; es decir, han renunciado a defenderse por sí mismo y viven de la discordia y de las rivalidades de las grandes potencias.

Lejana y utópica nos parece hoy esa "Unión Americana", aquel principio de Confederación Política entre los pueblos de este continente que nuestros padres, más idealistas y generosos que nosotros, soñaron en los tiempos de Pérez, pero acaso el porvenir pertenezca a aquella grandiosa quimera.

No son esas empresas de las que se realizán en un día; ellas son la obra de algunas generaciones y de muchos años; pero no por eso debemos dejar de prepararla.

¿Qué eran la Italia y la Alemania a prin-

cipios del siglo XIX? Expresiones geográficas, como lo dijo el canciller Metternich, vastas e informes agrupaciones de estados minúsculos, separados por rivalidades lugareñas, por enemigas dinastías y hasta por la religión y las costumbres. Sólo un vínculo unía a esos pueblos desgraciados, que parecían complacerse en su debilidad, en su aislamiento y en sus mutuos odios, y ese vínculo era el de la lengua, testimonio de su origen común y de una misma tradición histórica.

Entre la Prusia protestante y áspera, y la artística y católica Baviera; entre el sobrio Piamonte, la culta Toscana, y el reino semi-morisco de las Dos Sicilias, existían abismos más profundos que los que separan a las repúblicas de este continente del Sur. Sin embargo, los que ayer no más fueron sólo confusas polvoredas de minúsculos principiados, son hoy naciones unidas, felices, poderosas.

Ellos tenían sin embargo una ventaja, que a nosotros parece faltarnos; el de la vecindad geográfica. Esos pueblos rivales ocupaban en conjunto un espacio bastante reducido de la tierra; pero el mundo se ha hecho hoy más pequeño y los progresos de las comunicaciones han acortado las distancias de manera que hoy estamos prácticamente tan cerca de Guayaquil y de Quito por ejemplo, como en el primer tercio del siglo XIX estaba el habitante de Koenisgsberg del de Munich.

Y a la verdad, cada vez que en el ex-

tranjero nos encontramos con un latinoamericano, sentimos junto a nosotros a un hombre, que salvo las diferencias producidas por el clima, piensa y siente nuestras propias necesidades, y lucha con problemas análogos a los nuestros. Vemos en él una especie de hermano, junto al europeo, refinado por largos siglos de cultura, endurecido en las luchas de una vida más áspera, y frente también al americano del Norte, del hombre de otra raza, soberbia y desdeñosa.

Los tiempos de la unidad hispano-americana no han llegado todavía Cualquier intento para lograrla sería hoy seguramente quimérico. El estado de inquietud política de la mayoría de los pueblos del continente, las asperezas producidas por luchas recientes, parecen alejar la realización de tan hermosos ensueños...; Hay que prepararlas, sin embargo!...

En la historia del mundo podemos aprender que los rivales comerciales han precedido no pocas veces a las uniones políticas. La Alemania, antes de ser el poderoso imperio que rige hoy Guillermo II, fué el Zollverein. Es que el principio de toda unidad nace de intereses comunes y no contrapuestos.

En general, los países de la América del Sur no tienen encontrados intereses comerciales. Es notorio que entre ellos no se han producido hoy esas agrias luchas de competencia, que son hoy en la Europa, inacabable germen de odios internacionales. Productoras estas repúblicas de frutos naturales y de materias primas, tienen todas su clientela más allá del Atlántico y del mar Caribe. Unos mismos son pues sus necesidades e intereses.

Los Estados Unidos han procurado en algunas ocasiones, la formación de una Unión Aduanera de todo el continente. Chile ha resistido siempre este pensamiento. Tenemos razón, porque la industria norteamericana, contando como cuenta con una población apta y con ingentes capitales, aplastaría con su potencia de coloso, el desarrollo industrial de la América Española. La Unión Aduanera con la República del Septentrión, no sería sino el monopolio, pesando sobre nosotros como en otro tiempo pesó el monopolio de España. Sería la reconquista de la América del Sur por el extranjero.

Además, ¿qué germen robusto de vincu-

lación política puede existir entre naciones que todo separa: la lengua, los hábitos, el concepto de la vida, las instituciones políticas, el desarrollo histórico, y hasta la desproporción enorme de las fuerzas recíprocas? No sería aquello la unión de los iguales, sino el sometimiento de los débiles.

II

Existen en la América del Sur dos pueblos vecinos que parecen haber sido colocados allí por la naturaleza, para mostrar acaso en un día no lejano al resto del continente, los fecundos resultados que pueden esperarse de la unión de estas jóvenes repúblicas, en las ásperas luchas por el progreso.

Nada les separa: todo parece unirlos-Me refiero a Chile y a Bolivia. La idea de la Unión Aduanera entre ambas naciones ha nacido de la conciencia de esa comunidad de intereses, sentida hoy per muchos estadistas de uno y otro país.

Pero, ante todo ¿qué significado económico, político y social, tiene una Unión Aduanera?

Estas vastas aglomeraciones de hombres, que constituyen los estados, se agrupan y forman un solo cuerpo, por la virtud de una serie de vínculos, que constituyen solidarias del progreso, del bienestar, de la seguridad común a las diferentes partes de un todo en apariencia complejo.

Sino el más alto y generoso, al menos, el más fuerte de los elementos que constituye el sentimiento de la patria, tiene su origen en esa solidaridad de intereses. No pocas veces ella ha bastado para formar grandes naciones, como es el caso de la Austria-Hungría.

Así como la común defensa de las fronteras y del hogar amchazados, une a las naciones en la guerra, los intereses económicos les unen en la paz y les preparan también para batirse en caso necesario por el bien común.

Disipada hoy la quimera del libre-cambio, las aduanas son las verdaderas fronteras de los pueblos. Dentro de esa amurallada fortaleza, los hombres se sienten ligados en la lucha. No es la circunstancia de que sea un mismo Presidente el que nombra a las autoridades en Tarapacá y a las de Valdivia, lo que hace que los habitantes de esas provincias, se sientan unidos económicamente, como también lo es-

tán por los vínculos de un común patriotismo.

Desembarquemos en Iquique... Delante de nosotros se presenta un panorama de lúgubre y severa grandeza... Cerros elevados, escuetos, en los que no crece una brizna de hierba; paisajes que parecen pertenecer a un planeta distante y melancólico; un sol de fuego quemando las calcinadas arenas; toda la actividad humana empleada en arrancar del árido suelo substancias extrañas que van a fertilizar tierras lejanas; un mundo aparte, concentrado en sí mismo, áspero y duro.

Allá en las húmedas tierras del Sur, las montañas y las llanuras, empapadas por formidables aguaceros, se visten de espléndido verdor; los árboles crecen apiñados los unos contra los otros, vestidos de enredaderas lujuriosas, sembradas de flores y de helechos elegantes; se aspira el perfume de la tierra fecunda; los hombres viven de sus cosechas y de sus ganados, bajo un cielo gris que se deshace en lluvias diluvianas...; Es otro planeta!... Los productos, las ocupaciones, los accidentes felices o desgraciados del trabajo humano, difieren tan profundamente en una v otra zona, como no difieren acaso los de las comarcas amazónicas de los de heladas pampas de la Patagonia austral.

Y sin embargo el habitante de Valdivia sabe que no le es indiferente el bienestar de los habitantes de Tarapacá, y esto no sólo por el amor que le tiene como a chilenos, sino porque sabe que sus intereses estan poderosamente ligados...

No... No es sólo el sentimiento el que ha creado esos vínculos poderosos. Sin darse acaso cuenta, los chilenos saben que forman parte de una sola entidad económica, y los más instruídos saben tambien que esa entidad está constituída por la línea común de aduana que encierra en un solo todo el árido septentrión que produce el salitre, y el boscoso mediodía, poblado de selvas gigantescas, de trigo y de ganados.

Sin esa línea de aduanas, el bienestar del salitrero, sería igualmente interesante al agricultor de Valdivia, como el que ara la tierra en las orillas del Paraná... Económicamente serían dos pueblos distintos; la lucha y la competencia que son hoy a

la par, la vida ardiente de las naciones, podrían entablarse entre ellos; sus intereses dejarían de ser solidarios.

III

Supongamos que nuestro gobierno tuviera la insensatez de dividir el territorio de la República en provincias o pequeñas zonas, rodeadas de respectivos cordones aduaneros. ¿Cuál sería el resultado de semejante medida para la economía nacional?

Aquellas zonas, diferentes entre sí por su clima y los productos de su suelo, se esforzarían por producir aquellos artículos indicados por sus aptitudes naturales. Este sería el territorio de la agricultura, el otro el de los ganados, el de más allá el de las maderas; en casi todos existiría la posibilidad de desarrollar la industria manufacturera, en este o aquel ramo.

Todas o casi todas producirían uno o varios artículos, en exceso, sobre las necesidades de la población y deberían exportarlos. Los ganados de Valdivia, lucharían en Santiago con los ganados de la Argentina, y, en cambio, los vinos del centro, serían batidos en el Norte y en el Sur por la concurrencia francesa.

¿Y qué diremos de la industria? ¿Podría desarrollarse alguna, por favorable que fuesen las condiciones naturales, dentro de mercados tan reducidos? No se olvide que la industria moderna requiere grandes instalaciones y producción en grande escala también, que todos necesitan de una población más o menos considerable que le asegure consumos defendidos por las barreras formidables que la moderna competencia comercial ha levantado en todos los rincones de la tierra.

¿Cabría tamaño absurdo en cabeza humana?

Por eso alguien ha dicho que las grandes naciones han sido en nuestra época la consecuencia de los modernos progresos de la industria. Si estos pueblos jóvenes y débiles luchan trabajosamente con la competencia europea, no es sólo por falta de capitales y de aptitudes. Allí se fabrica barato, porque se fabrica para muchos millones de hombres, y aquí nuestros mercados son reducidos.

Pero acaso la ventaja principal de las

grandes agrupaciones nacionales, es que ellas por la variedad de sus productos, están en aptitudes de resistir mejor las crisis económicas. Esta es una verdad ampliamente demostrada por la experiencia.

Dentro de un organismo económico nacional, los capitales, las actividades humanas, los productos se desplazan con tal facilidad que apenas se conciben hoy día las crisis locales, esto es que afligen sólo a una pequeña sección de territorio, porque los recursos del país, intactos en las demás secciones, y sobre todo en su cabeza principal, acuden sin inconveniente al punto necesitado.

En el siglo XVIII, cuando la Francia estaba dividida por aduanas interiores, sucedía con frecuencia que en una provincia reinaba el hambre y en la vecina la prosperidad y la abundancia. Como se sabe, una de las conquistas de la revolución de 1789 fué la supresión de esas aduanas interiores, y, desde entonces el fenómeno no ha vuelto a producirse.

Un país grande o pequeño, por rico que sea, está expuesto a las más violentas crisis, cuando toda su actividad y riqueza dependen de una sola industria. El ejemplo del Brasil es muy sugestivo a este respecto Aquel país produce, entre los dos tercios y las tres cuartas partes del café que se cosecha en el mundo, y ha habido casos en que la baja de aquel producto, tan noble como es, ha sumido al Brasil en la más horrible crisis, bajando el cambio hasta cinco peníques.

Por eso los estadistas brasileños predican y trabajan por lo que allá se llama la pleni-cultura, esto es, por la substitución de un gran numero de cultivos diferentes, al casi exclusivo del café.

En Chile, el ochenta por ciento de las exportaciones son proporcionadas por el salitre, y aunque se trata de un producto único, indispensable al mundo, y de que nuestro país tiene el monopolio actual, todos recordamos las grandes crisis y sufrimientos que hemos padecido, cuando el precio del salitre ha bajado un tanto. La crisis salitrera que se inició en 1894, influyó aún más que la perspectiva de una guerra próxima en las perturbaciones económicas que nos afligieron en aquel tiempo.

Estos peligros y oscilaciones excesivas desaparecen en las grandes entidades, cuyos productos son variados. El ideal de los grandes estadistas contemporáneos ha sido la formación de lo que se llama "pequeños mundos independientes", capaces de bastarse a sí mismos. Tal quiso hacer Chamberlain del Imperio Británico, y esa grande idea llegará tarde o temprano a una realidad.

En mucho menores proporciones, pero dentro de un territorio más compacto y homogéneo, Chile y Bolivia realizan el mismo ideal. Sería un mundo en miniatura, pero fisiológicamente rico, y con la variedad de productos más completa que pueda soñarse.

Echemos una ojeada al mapa, comenzando por el Norte, esto es por Bolivia:

Al oriente de las cordilleras, esa República posee muchos cientos de miles de kilómetros cuadrados de fertilísimos territorios aptos para todos los cultivos de la zona tórrida. Las grandes llanuras que bañan el Madera, el Mamoré, el Madre de Dios y demás afluentes del Amazonas pueden producir en cantidad fabulosa el cacao, la caña dulce, el canelo, el banano, infinidad de maderas preciosas, etc., etc.

Los contrafuertes de la cordillera son en esa zona maravillosamente adecuados para el cultivo de un café de superior calidad. El "Yungas" goza de fama mundial, y si su cultivo no se ha desarrollado en más vasta escala, ello se debe exclusivamente a las dificultades de comunicación, que los ferrocarriles han de vencer tarde o temprano.

Más al sur y siempre al oriente de las Cordilleras, los territorios del Chaco Boliviano, menos lluviosos y cálidos que la región amazónica, presentan un aspecto diverso. Los bosques alternan con las praderas. Aquel sería el país ganadero de la gran entidad económica que estamos estudiando y además la tierra del algodón, del maíz y otros productos análogos.

La meseta boliviana, árida, fría, poco apta para el cultivo, constituye en cambio la más rica región minera del mundo.

Al pie de esa meseta y hacia el litoral del Pacífico, se extienden los grandes depósitos salitreros que constituyen hoy nuestro principal patrimonio y nuestra fuerza.

Más al sur, sigue el desierto de Atacama con sus inagotables minas y por último desde el grado 30 de latitud hasta los confines del mundo antártico, un terri-

torio que abraza todos los climas, y cosecha todos los productos de la zona templada. Es como si a lo largo de la faja de tierras que queda entre los Andes y el mar se escalonaran sucesivamente, la Argelia, la Italia, el Occidente de Europa, la húmeda Inglaterra y la Escandinavia...

Apenas puede concebirse un conjunto más vasto, más armónico, más completo de riquezas naturales. Dos naciones relativamente débiles, y una de las cuales por lo menos, lleva una vida raquítica y enfermiza, constituirían uniéndose económicamente la más poderosa entidad productora del continente sud-americano, y uno de los patrimonios más envidiables del mundo. ¡Qué colosal comercio interior! ¡Qué intercambio tan fecundo de productos! ¡Qué independencia del extranjero!...

Hoy somos tributarios de la Argentina por el ganado, del Perá por el azúcar, de los países tropicales por el café, el algodón, el cacao, el arroz y demás frutos de los países del sol. Todo aquello nos sería mañana proporcionado, por la industria de la gran entidad económica a que perteneciéramos.

Bolivia importa hoy del extranjero el trigo, el vino y muchos de los productos agrícolas de la zona templada, mañana los tendría dentro de sus fronteras aduaneras.

La industria de ambos pueblos no sólo dispondría de más vastos mercados protegidos por el arancel aduanero, sino que dentro, puede decirse, de su propio territorio, encontraría todas las materias primas de que hubiera menester. Las fábricas transformarían a la vez los algodones del Chaco y las lanas del extremo sur, las preciosas maderas de los trópicos y las de las selvas antárticas, etc., etc.

Me atrevo a afirmar, que sólo los grandes imperios coloniales de Europa, esto es la Inglaterra y la Francia, y los Estados Unidos, después de la anexión de las Filipinas, Haway y Puerto Rico, presentan hoy en el mundo semejante variedad de producciones.

IV

Muchos se preguntan cuál sería la naturaleza de los lazos que deberían unir a Chile y a Bolivia para poder reclinar tan brillante perspectiva. Algunos hablan

sólo de una Unión Aduanera; no pocos han pronunciado la palabra Confederación.

En realidad, el problema es más de fórmulas que de hechos, porque no se concibe una Unión Aduanera sin ciertos vínculos políticos. No se trataría aquí sólo de lo que se ha llamado "Cordillera libre", sino también de "tarifas" comunes que hagan solidarios los intereses económicos de los pueblos unidos.

El tratado respectivo fijaría por cierto, las tarifas iniciales, pero éstas no podrían ser eternas porque las necesidades cambian en esta materia de aduanas como en las otras. Sería pues, necesario establecer una autoridad, un Consejo, llámesele como se quiera, encargado de resolver estos problemas en lo futuro, reservándose sí, a las altas partes contratantes, el derecho de ratificar, por medio de sus respectivos congresos, los acuerdos de la autoridad a que nos hemos referido.

Sería también indispensable que esa autoridad ejerciera un control superior sobre las aduanas de la Unión, para reprimir el fraude y los abusos, para llevar la estadística común, y para repartir las utilidades de la renta aduancia en la forma que hubiera de convenirse.

En materia de relaciones exteriores habríamos de obrar también de consuno, por lo menos en lo que respecta a tratados de comercio, representación consular y otras materias análogas.

Si esto sólo se hiciera, el tiempo se encargaría seguramente de hacer mucho más.

Nada vincula, como los intereses del comercio, a las sociedades. No son los turistas sino los comerciantes, los que preparan las grandes unidades políticas. Abrase la historia y se verá confirmada esta verdad.

Realizada la Unión Aduanera, los pueblos de Chile y de Bolivia comprenderían cada día con mayor claridad, que sus intereses serán comunes, y la solidaridad económica prepararía una mayor solidaridad política, como sucedió en Alemania.

La Unión hace la fuerza... Aún podemos ser grandes ¡Ojalá se realice algún día tan hermoso sueño!